

La revolución y la cultura
(A propósito del retrato de Lenin trazado por Gorki)
León Trotsky
14 de noviembre de 1924

(Versión al castellano desde “La Révolution et la Culture. A propos du portrait de Lénine tracé par Gorki”, en *Bulletin Communiste, Organe du Parti Communiste (SFIC)*, 5º año, nº 46, 14 de noviembre de 1924, páginas 1.078-1.079. Se refiere al folleto de Gorki *Lenin, el hombre*, del que no hemos podido conseguir referencias de edición en castellano; sí en inglés: Maxim Gorki, Nicolai *Lenin — The Man*: <https://wdc.contentdm.oclc.org/.../colle.../russian/id/6919/>)

Gorki se separó de los comunistas, tal y como él mismo escribe, por la apreciación del papel de los intelectuales. Gorki es de la opinión que los mejores antiguos bolcheviques educaron precisamente a centenares de obreros “en el espíritu del heroísmo social y una alta intelectualidad” (¡¡!!) En palabras más amplias y más exactas, Gorki solo concuerda con los bolcheviques mientras estos no salgan del período de formación de sus primeros cuadros intelectuales y obreros. Le resulta cercano el bolchevique de 1903-1905. Pero el bolchevique de la revolución de octubre, maduro, virilizado, que cumple con inflexibilidad lo que quince años antes solo se podía bosquejar vagamente, ese bolchevique le resulta a Gorki extraño y hostil. El mismo Gorki, con su constante aspiración hacia una cultura y una intelectualidad más altas se las ha arreglado, no se sabe cómo, para quedarse a mitad camino. No es ni clérigo ni laico: canta las delicadezas de la cultura. De ahí su actitud desdeñosa hacia los motivos de las masas y el marxismo, aunque el marxismo, al contrario que el subjetivismo, no descansa sobre la fe en los motivos de las masas, sino sobre la lógica del proceso social material que, en última instancia, subordina los motivos de las masas. Pero, ciertamente, el camino hacia ese objetivo no es tan simple y en él se rompen platos, incluyendo culturales, cosa que Gorki no soporta. Piensa que la vajilla cultural debe ser contemplada, no rota. Para acercarse un poco más a Lenin se consuela diciendo que “Ilich también, bastante a menudo, sufrió por esas cosas”; es decir que al romper implacablemente todas las resistencias, Lenin tuvo que sostener una lucha interna para vencer el amor al hombre, el amor a la cultura, para vivir un drama moral. En pocas palabras, Gorki le atribuye a Lenin la contradicción interna de los intelectuales, esa “conciencia enferma” antaño tan honrada, precioso absceso del viejo intelectualismo radical.

Lenin estaba hecho de una sola pieza. De una pieza de alta calidad, de estructura compleja, pero entera, en la que todos los elementos encajaban perfectamente. En verdad, Lenin evitaba a menudo hablar con los intercesores, con los hacedores de trámites, representantes y otra gente análoga. “Que los reciba cualquier otro [decía con una pequeña risa evasiva] o seré demasiado bueno”. Sí, a menudo tuvo miedo de ser “demasiado bueno”, conociendo la perfidia del enemigo y la beata candidez de los intercesores, y considerando insuficiente por adelantado toda medida de dura precaución. Prefería negar al enemigo invisible a fin de no distraer su vista en cosas fortuitas, a fin de no “ser demasiado bueno”. Pero también aquí eso era el fruto de un tranquilo cálculo político, en absoluto la manifestación de una “conciencia enferma”,

siempre ligada a una falta de voluntad, al lagrimeo y a otras dulces cualidades del “típico intelectual ruso”.

Pero esto no es todo, Gorki, nos lo dice él, le reprocha a Lenin que “entendiese el drama de las costumbres de una forma simplificada (¡vaya, vaya!) porque esa simplificación amenaza con matar a la cultura (¡vaya, vaya!). A propósito de los años 1917-1918, cuando se disparaba sobre el Kremlin, cuando los marineros (lo que ocurría algunas veces, pero sobre todo en las calumnias burguesas) apagaban sus cigarrillos en los tapices gobelinos, cuando los soldados se hacían calcetines extremadamente incómodos y poco prácticos con las telas de Rembrandt (los representantes de la “alta inteligencia” se lamentaban ciertamente en esos términos en Gorki), Gorki perdió toda su sangre fría y se convirtió en heraldo desesperado de la cultura. ¡Desgracia! ¡Desgracia! ¡Horror y barbarie! Los bolcheviques van a romper todos los jarrones históricos, de color, de terracota, de noche y el resto. Lenin le respondía: “Romperemos la cantidad que haga falta y si rompemos demasiados la culpa será de los intelectuales que defienden posiciones indefendibles.” ¿Esto no era estrechez de miras? ¿No era simplificar (¡Dios se lo perdone!) el “drama de la existencia”? Uno no siente, incluso, ni deseos de examinar estas reflexiones un poco más de cerca.

El contenido de la vida de Lenin no era deplorar la complejidad de las costumbres sino transformarlas. Para ese fin era necesario abarcar la existencia social en sus principales elementos, discernir en ella las principales tendencias del desarrollo y subordinarles todas las otras. Precisamente porque poseía esa gran maestría creadora, consideraba como maestro ahorrador al “drama social”; esto lo quebraremos, esto lo romperemos, aquello por el momento lo pensaremos. Lenin veía todas las particularidades, todo lo individual, todos los detalles. Y si “simplificaba” depurando los elementos secundarios, eso no se debía a falta de observación, sino a saber muy bien la medida de las cosas.

Recuerdo al proletario de Petrogrado, Vorontsov que, en los primeros días posteriores a octubre, agregado de Lenin, lo ayudaba y cuidaba. Cuando preparábamos la evacuación de Petrogrado, Vorontsov me dijo en tono furioso:

-“Ellos se quedarán con demasiadas cosas en caso de desgracia. ¡Habría que minar Petrogrado y hacer saltar todo por los aires con dinamita!”

-“¿Y no lo sentiría por Petrogrado, camarada Vorontsov?”, le preguntaba yo admirando a ese proletario petersburgués.

-“¿Lamentar qué? Volveremos. Lo reconstruiremos, ¡y lo haremos mejor!”

Ese breve diálogo ni lo invento ni estilizo. Está gravado tal cual en mi memoria. Ahí está la buena actitud frente a la cultura. El menor signo de lloriqueo. La verdadera cultura no está en los jarrones pintados de la historia, sino en la buena organización de las cabezas y manos humanas. Si se yerguen obstáculos en la vía de esa buena organización, hay que barrerlos. Y si, haciendo eso, tenemos que destruir valores del pasado, lo haremos sin sentimentalidad llorona, después volveremos, después crearemos nuevos valores infinitamente mejores. Así es como pensaba Lenin, traduciendo el pensamiento y sentimientos de millones de hombres. Y sus puntos de vista eran justos y claros: los revolucionarios de todos los países deben asumirlos.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es